



**EL MUNDO MIRA A TAIWÁN, 1971-2023**

Volumen 9, Número 1, Enero-Marzo 2014, pp. 97-115

Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual

ISSN 2385-5452

DOI: 10.5565/rev/tdevorado.193

# Asignatura pendiente

## El problema de Taiwán y la tesitura del xiísmo

**XULIO RÍOS**

Asesor emérito del Observatorio de la Política China (OPCh)



### RESUMEN

En la política china, Taiwán representa una asignatura pendiente y tanto puede convertirse en la llave definitiva y finalmente exitosa de esa modernización anhelada que pondría fin a dos siglos de decadencia como también ser la espoleta de una gran crisis regional con potencial suficiente para sacudir los cimientos de la estabilidad global en un contexto de grave incremento de las tensiones

## EL MUNDO MIRA A TAIWÁN, 1971-2023

sino-estadounidenses. Las autoridades chinas deben cristalizar una nueva política que establezca los fundamentos para una solución no traumática de un episodio que hunde sus raíces no solo en una guerra civil en suspenso pero inacabada sino en el drama histórico que el país debió enfrentar en el curso del siglo XIX. Tres siglos con Taiwán a cuestas que en la nueva era de Xi Jinping encara uno de sus momentos más complejos y delicados. La elección entre independencia y unificación podría acabar siendo una elección entre guerra y paz.

Palabras clave: unificación, independencia, statu quo, consenso de 1992, un país dos sistemas

### RESUM

A la política xinesa, Taiwan representa una assignatura pendent i tant es pot convertir en la clau definitiva i finalment reeixida d'aquesta modernització anhelada que posaria fi a dos segles de decadència com també ser l'espoleta d'una gran crisi regional amb prou potencial per sacsejar els fonaments de l'estabilitat global en un context de greu increment de les tensions sino-nord-americanes. Les autoritats xineses han de cristal·litzar una nova política que estableixi els fonaments per a una solució no traumàtica d'un episodi que enfonsa les arrels no només en una guerra civil en suspens però inacabada sinó en el drama històric que el país va haver d'enfrontar al curs del segle XIX . Tres segles amb Taiwan a sobre que a la nova era de Xi Jinping encara un dels seus moments més complexos i delicats. L'elecció entre la independència i la unificació podria acabar sent una elecció entre guerra i pau.

Paraules clau: unificació, independència, statu quo, consens de 1992, un país dos sistemas

### ABSTRACT

In Chinese politics, Taiwan represents a pending issue and can become the definitive and finally successful key to that long-awaited modernization. That would put an end to two centuries of decadence, as well as be the fuse of a great regional crisis with enough potential to shake the foundations of global stability in a context of serious increase in Sino-American tensions. The Chinese authorities must set a new policy that establishes the foundations for a non-traumatic solution to an episode

that has its roots not only in a suspended but unfinished civil war but in the historical drama that the country had to face in the course of the 19th century. Three centuries carrying Taiwan on back, that in the new era of Xi Jinping faces one of its most complex and delicate moments. The choice between independence and unification could end up being a choice between war and peace.

Keywords: unification, independence, status quo, 1992 consensus, one country two systems



El problema de Taiwán es un asunto central en la política china contemporánea. Actualmente, en la “era de Xi Jinping”, ha cobrado una mayor entidad y visibilidad por varias razones. Primero, porque en el marco del xiísmo se ha teorizado la ambición del sueño del rejuvenecimiento nacional que implica no solo transitar el último tramo para alcanzar la modernización en China continental sino también culminar el proceso de reunificación nacional, lo cual afecta directamente a Taiwán; segundo, porque Xi Jinping, al señalar que este asunto “no puede ser dejado de generación en generación”, ha trasladado la voluntad de afrontarlo de manera decidida con ese horizonte referencial del “segundo centenario” (2049), tras haber traspasado el primero, el centenario del PCCh (2021); tercero, porque el incremento de la tensión geopolítica con el foco en las relaciones sino-estadounidenses tiene en Taiwán uno de sus epicentros determinantes.

En cada tiempo político en la China Popular (maoísmo, denguismo y xiísmo), Taiwán ha estado presente en la agenda. En vida de Mao Zedong y Chiang Kai-shek pudo constatarse la persistencia de un conflicto de moderada intensidad, aunque con graves crisis puntuales. La primera fue la del 54-55, que arranca del ataque de las tropas del Ejército Popular de Liberación (EPL) a las islas de Quemoy en 1949, que terminó en fracaso al igual que el llevado a cabo en 1950, con sucesivas tensiones y algunos avances militares de Mao. Con la firma del Tratado de Seguridad Mutua entre EEUU y la República de China en 1954 se abrió un proceso de negociaciones entre Washington y Beijing con pocos progresos. Los bombardeos se reiniciaron en 1958, dando lugar a la conocida como “segunda crisis del Estrecho”, que terminó en otro fiasco para las tropas de Beijing que igualmente debieron enfrentar la respuesta estadounidense a favor de la República de China de Chiang. La China de Mao no estaba suficientemente preparada para una operación de esa envergadura. Sin embargo, la lógica de la conquista subsistió en el Partido Comunista de China (PCCh). Y también, al otro lado del Estrecho, en el rival Kuomintang (KMT), que compartía una retórica similar.

El denguismo, con su política de reforma y apertura, replanteó el enfoque del problema pasando a primar la reunificación pacífica (Ríos, 2005). El recurso a la violencia, que primó en la etapa anterior a uno y otro lado, pasó a segundo plano. El concepto

que mejor puede resumir la clave inspiradora de esta etapa es el de “un país dos sis-

temas”, es decir, la garantía de que un Taiwán integrado en la República Popular China podría disponer de una amplia autonomía, sin injerencias de las autoridades centrales, incluso preservando sus propias fuerzas armadas, su sistema judicial, manteniendo su sistema económico y político y habilitando mecanismos para posibilitar la participación política de las autoridades taiwanesas en el gobierno central. Taiwán sería una región administrativa especial



y esa fórmula serviría de fundamento para resolver la retrocesión de Hong Kong (1997) y la devolución de Macao (1999).

Normalizada la relación entre China y EEUU, el reconocimiento del statu quo se vio respaldado por el incremento de las oportunidades económicas que brindaba la reforma y apertura en el continente. Del “mensaje a los compatriotas de Taiwán” (1979) a la “Declaración de los nueve puntos” (1981) se fueron desgranando propuestas para facilitar el desarrollo de las relaciones bilaterales. El “milagro económico” de Taiwán sirvió también de inspiración para la reforma económica promovida por un PCCh que ansiaba librarse de las ataduras del modelo económico maoísta. En absoluto fue casualidad que una de las primeras zonas económicas especiales, símbolo de la nueva apertura al exterior, se ubicara en Xiamen, frente a las costas de Taiwán. Desde entonces, el capital taiwanés encontró en el continente un espacio de proyección de sus intereses empresariales que ayudó a multiplicar los contactos e intercambios, diluyendo progresivamente la animosidad de años pasados. Ello se vio reforzado con la adopción de políticas preferenciales por parte de las autoridades chinas que ansiaban también incorporar al desarrollo continental el talento, la experiencia de gestión y la tecnología taiwanesas ya que le permitirían avanzar más rápidamente en sus principales objetivos.

A diferencia de las cuestiones de Hong y Macao, cuya resolución se vertebraría a través del diálogo con Reino Unido y Portugal, respectivamente, en el caso de Taiwán, la interlocución para la reunificación pacífica se formula sobre dos ejes: primero, contundente rechazo de la intervención exterior ya que China es un país soberano y debe resolver sus problemas internos –y este lo es– por sí misma; segundo, dado que el origen contemporáneo del problema de Taiwán se sitúa en la contienda civil, es a sus protagonistas, es decir, el PCCh y el KMT, a quienes compete formular las bases de la solución a través del diálogo. De tal forma, lo que el PCCh plantea al KMT es iniciar lo que podríamos llamar una “tercera cooperación” (las dos anteriores fueron entre 1921-1927, que acabó trágicamente para el PCCh, y entre 1936-1945 para enfrentar la invasión de Japón). Esa “tercera cooperación” no fructificaría, sin embargo, hasta el siglo XXI, en 2005, durante el denguismo tardío, con Hu Jintao (2002-2012).

Hubo un tiempo, antes del proceso de democratización que inició Taiwán en la segunda mitad de los ochenta, que ese diálogo PCCh-KMT, al margen de otros procesos con participación ciudadana, podría ser viable. Bastaría un acuerdo entre partidos ratificado en sede parlamentaria. Sin embargo, el proceso auspiciado por Lee Teng-hui a

la muerte del hijo de Chiang Kai-shek, Chiang Ching-kuo, con la irrupción de las fuerzas



secesionistas en Taiwán y su exigencia de consulta a la ciudadanía acerca del futuro político de la isla, desbarataba de plano el enfoque inter-partidario como eje de solución.

Taiwán ha fortalecido su liberalismo democrático desde la década de 1990, después de poner fin a la ley marcial en 1987 y celebrar su primera elección presidencial directa en 1996, seguida de elecciones legislativas multipartidistas (Chaigne et al., 2000; Wong, 2004)). Fue precisamente este desarrollo político que está en el origen de la conocida como “tercera crisis del Estrecho”, con lanzamiento de misiles por parte del EPL a modo de advertencia sobre el rumbo secesionista auspiciado por Lee, quien poco tiempo después abandonaría el KMT para fundar la independentista Unión Solidaria de Taiwán (UST).

Por parte de Beijing, la primera síntesis de las ideas centrales de esta etapa se recoge en el Libro Blanco sobre “El problema de Taiwán y la reunificación de China” (1993). En él, además de una semblanza histórica, se recogen los principios inspiradores de su política, recordando que a la par de la reunificación pacífica como guía básica se contempla subsidiariamente el recurso a la fuerza, de ser necesaria, para defender la integridad territorial.

Un paso más se dio durante el mandato de Jiang Zemin (1989-2002) cuando formuló sus “ocho puntos” (1995) que avanza la idea de un acuerdo de paz que ponga fin a las hostilidades y admite la posibilidad de un diálogo con otras fuerzas políticas, más allá del KMT, con quien había fraguado el “Consenso de 1992” en Singapur. La alusión a este consenso sigue desempeñando un valor sustancial en la retórica política continental. La negativa del Partido Democrático Progresista (PDP) o Minjindang a asumirlo es el argumento esgrimido para rechazar cualquier diálogo oficioso con las actuales autoridades. En esencia, el consenso viene a fijar la mutua aceptación del principio de la existencia de una sola China en el mundo, si bien para el KMT sería la República de China y para el PCCh sería la República Popular China. Es el consenso “una China, dos interpretaciones”, si bien hay sectores en el KMT (liderados por Hung Hsiu-chu) que asumen con agrado la idea de que a estas alturas solo cabe una interpretación: la República Popular China.

El otro referente del denguismo a propósito de Taiwán es la Ley Antisecesión, aprobada en 2005 por el Parlamento chino. En su breve texto de apenas diez artículos toma forma normativa el creciente temor en la Gran Tierra al impacto disolvente del avance de la influencia secesionista en la isla. Téngase en cuenta que entre 2000 y 2004, la presidencia en Taipéi es desempeñada por Chen Shui-bian, al frente del Minjindang.

Su reelección, muy controvertida, para un segundo mandato, alentó la adopción de



esta ley, en el mismo instante en que PCCh y KMT se ponían de acuerdo en formalizar el restablecimiento de su cooperación instituyendo como uno de sus fundamentos compartidos la lucha contra las fuerzas y tendencias soberanistas en la isla.

Desde el inicio del mandato de Xi Jinping en 2012, la gestión del problema de Taiwán se ha conducido inicialmente bajo el prisma de la continuidad. En un primer momento, entre 2012 y 2016, aun con Ma Ying-jeou al frente del gobierno en Taipéi, el espíritu de colaboración vivió sus últimos estertores que culminaron en la cumbre Ma-Xi en Singapur (2015), un encuentro histórico que certificaría la sintonía alcanzada a ambos lados del Estrecho por los antiguos rivales mientras emergía en paralelo otra rivalidad de más difícil domesticación y encaje. Tras la victoria de Tsai Ing-wen en 2016 (y de Donald Trump en EEUU), se abrió un escenario de mayor complejidad marcado por la ausencia de diálogo entre ambos lados del Estrecho (Ríos, 2020).

El agravamiento de la crisis política de Hong Kong en 2019 impactó de lleno en Taiwán. En primer lugar, aupando a Tsai Ing-wen, cuyas expectativas en las encuestas preelectorales cotizaban seriamente a la baja. En segundo lugar, poniendo en la picota el principio de “un país dos sistemas” que ya no podría seguir desempeñando ese papel de espina dorsal de la política china para Taiwán, siendo rechazado no solo por una gran mayoría de los taiwaneses (según revelan las encuestas de diferentes medios) sino porque incluso el KMT ha descartado tajantemente su asunción como base del arreglo hacia una unificación que, dicen, siguen deseando o por lo menos de la que no abjuran.

Las medidas normativas adoptadas por Beijing con enfoque en la seguridad y una mayor intervención en los asuntos de la región administrativa especial para garantizar la estabilidad del enclave actuando contra las fuerzas opositoras señalaron límites efectivos a la autonomía territorial. Las críticas respecto al incumplimiento de la promesa de vigencia del sistema político de Hong Kong durante, al menos, 50 años o a la falta de respeto a los acuerdos suscritos con Reino Unido resonaron no solo en Londres sino, sobre todo, en Taipéi, como aviso a navegantes de lo que podría suceder en la isla de aceptar las condiciones estipuladas por el PCCh para lograr la reunificación.

En estas condiciones de partida y con la sombra de lo acontecido en Hong Kong entre 2019 y 2022, la utilidad del concepto “un país dos sistemas” para resolver la reunificación se volvía prácticamente inoperante.

Esta circunstancia parece estar en el origen del planteamiento de una nueva política para Taiwán que podría evolucionar de un enfoque centrado en el rechazo a la independencia de jure de Taiwán – en el punto de mira y de forma ascendente desde



los años noventa- a facilitar la unificación con el continente, entre otros, reduciendo el nivel de influencia externa en el contencioso, un argumento señalado como determinante en la última crisis de Hong Kong. Se espera que tome cuerpo próximamente un plan estratégico integral para abordar el problema de Taiwán en la nueva era de Xi

102

Jinping.

Según fuentes de la Fundación de Política Nacional del KMT, lo que el PCCh pondera es la adopción de un “enfoque de dos vías” hacia la unificación. Si el presidente que resultara elegido el 13 de enero de 2024 rechazara la independencia y aceptara el consenso de 1992, China restablecería el diálogo oficial, retomando el rumbo constructivo del periodo 2008-2016. En caso contrario, la posibilidad de forzar la unificación por medios no pacíficos, desde bloqueos económicos a amenazas militares, podría entrar irremisiblemente con fuerza en la agenda.

Entretanto, el PCCh espera mejorar la comunicación con los sectores “azules” –los partidarios de la unificación- y muy especialmente con los jóvenes, ofreciendo incentivos y beneficios, coordinando mejor los esfuerzos de promoción de sus intereses económicos y estratégicos, con especial atención a incrementar la influencia de su narrativa en ciertos colectivos con base en la generación de vínculos activos con el continente.



Igualmente relevante es el hecho de que si las autoridades de Beijing se aprestan a formular una nueva política para abordar este problema, es lógico pensar que esto alejaría por el momento si no las tensiones, que subsistirán, si el temor a una acción militar inminente, que el propio Xi Jinping negó a Joe Biden en su cumbre bilateral de noviembre de 2022. Es imaginable que la nueva política contemple otras formas para seguir ejerciendo influencia y presión en todos los ámbitos pero solo después de medir su alcance y efectos el PCCh estaría en condiciones de decidir o no contemplar una acción militar.

Por el momento, el PCCh debe tomar nota de que la reiteración de la agresividad – bien es verdad que en la mayoría de los casos reactiva- puede desatar el temor en la ciudadanía de Taiwán e inclinarlos hacia aquellas fuerzas capaces de establecer una interlocución apaciguadora con China continental, pero también puede tener el efecto contrario, es decir, favorecer el mantenimiento en el poder de los “verdes”, es decir, los partidarios de la ruptura definitiva. Una delgada línea separa un efecto de otro.

Y en este contexto, mientras se gesta el nuevo entorno e implicaciones de la gestión bilateral de la relación, con seguridad cobrará relevancia la pugna por el aislamiento

diplomático de Taiwán que será uno de los ejes del protagonismo de China en el tercer mandato de Xi Jinping. En efecto, el incremento del activismo diplomático se aventura como un eje principal de su acción política. El importante despliegue que puedan realizar las autoridades chinas sirve, en primer lugar, al propósito de estabilizar la situación internacional para recuperar con holgada ambición la senda del crecimiento. Pero igualmente, el estrechamiento del cerco diplomático a Taipéi puede tener un importante efecto desmoralizante en las autoridades de la isla que en gran medida han confiado en el aval de EEUU para contener la sangría de aliados.

103

En efecto, el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, promulgó en 2020 la Ley de Iniciativa de Protección y Mejora Internacional de los Aliados de Taiwán (TAIPEI, siglas en inglés), que tiene como objetivo apoyar la presencia internacional de Taiwán.

En aquel entonces, desde que la presidenta Tsai Ing-wen había llegado al poder en mayo del año 2016, Taiwán había perdido siete aliados diplomáticos a favor de China continental, a saber, Santo Tomé y Príncipe, Panamá, la República Dominicana, Burkina Faso, El Salvador, las Islas Salomón y Kiribati. Después de la ley TAIPEI, fue el turno de Nicaragua (2021). Honduras, que estableció relaciones oficiales en 1941, cuando la República de China todavía tenía su ubicación en China continental y Taiwán era parte de Japón, ha anunciado su intención de convertirse en el noveno aliado diplomático y quinto en América Latina en abandonar el barco. Su ministro de exteriores Enrique Reina, lo justificó como una decisión política, apostillando que “el mundo se está moviendo en esta dirección”. A Taipéi llegan también noticias preocupantes de Paraguay, el único aliado que le queda en América del Sur, donde una victoria de Efraín Alegre en las elecciones presidenciales provocaría una decisión similar.

Tras poner fin Honduras a las relaciones diplomáticas oficiales con Taiwán, tendría relaciones con 12 países miembros de la ONU, así como con el Vaticano y Somalilandia. En Roma, es vox populi que el Papa Francisco quiere multiplicar los esfuerzos para normalizar la relación con Beijing durante su pontificado, una decisión que ya estaría tomada y solo a la espera del mejor momento para hacerla pública.

En sentido contrario, está en el alero la continuidad del vínculo diplomático de Beijing con los Estados Federados de Micronesia, que podría reconsiderar a favor de Taipéi. Micronesia tiene un acuerdo de libre asociación con Estados Unidos y es uno de los Estados insulares del Pacífico Sur que rechazaron la oferta china de un gran pacto regional de comercio y seguridad. Aun en el supuesto de cuajar este cambio, no afectaría a lo principal de la corriente y evidenciaría, a mayores, la pérdida de capacidad de EEUU para impedir las decisiones soberanas de países terceros.

Tras las elecciones presidenciales y legislativas del 13 de enero de 2024, Nauru anunció la ruptura de relaciones con Taiwán.

### ¿Un país, dos conflictos?

Históricamente, China ha responsabilizado a EEUU de la persistencia de la división del país ya que sin su respaldo las autoridades de la isla no podrían sobrevivir políticamente tanto tiempo. La normalización diplomática a finales de los años 70 se fundamentó, entre otros, en el reconocimiento de la existencia de una sola China en el

104

mundo y que Taiwán, por tanto, es parte de ella. A renglón seguido, de modo unilateral, EEUU aprobó la Taiwan Relations Act que vino a fijar el contorno básico de su relación con Taiwán tras la ruptura de relaciones diplomáticas a favor de Beijing. En dicha norma se condensan los términos generales del apoyo político y en materia de seguridad a la isla.

A ello debemos sumar las conocidas como seis garantías, adoptadas durante la Administración Reagan, que explicitan más compromisos para encauzar el problema relacionados con las ventas de armas a Taiwán o sobre la mediación o negociaciones relacionadas con la soberanía.

Las controversias comerciales de la era Trump se han expandido y convertido hoy en una rivalidad estratégica global cuyo catalizador más desestabilizador puede ser el estrecho de Taiwán. En esa línea, la posición estadounidense, denominada de “ambigüedad estratégica” en el ámbito de la seguridad, ha evolucionado en dirección a una mucha mayor claridad en beneficio de las tesis taiwanesas. Un buen ejemplo de ello es el distanciamiento del principio de una sola China que la Casa Blanca supedita ahora a lo que denomina su política de una sola China: se trata, en esencia, de la introducción paulatina de matices que erosionan sustancialmente el principio de Beijing, disipando progresivamente cualquier atisbo de identificación, ahora incómoda, entre la posición china y estadounidense.

En los últimos tiempos se han multiplicado las ventas de armas a la isla, para regular y airada protesta de Beijing, y la adopción de medidas de corte legislativo (la ley de viajes, la ley TAIPEI, etc.) o económico (soslayando las limitaciones de la propuesta de Marco Económico para el Indo-Pacífico que EEUU abandera con algunos países de la región) abundando en una mayor cercanía estructural de Washington a Taipéi, cada vez más labrada en el orden estratégico con la estrategia del Indo-Pacífico. Se podría hablar incluso de un estatus más que paradiplomático de la representación taiwanesa en EEUU, invitada, por ejemplo, a la asunción presidencial de Joe Biden. Aun sin llegar



al tabú del reconocimiento, lo indudable es que el espíritu que en los años setenta inspiró aquel entendimiento mutuo entre EEUU y China se evapora a gran velocidad.

La inflexión en la actitud de EEUU, sin embargo, se inició antes de Trump, durante la Administración Obama, con un giro en las preferencias políticas en la isla, más favorables tradicionalmente hacia el KMT y cautelosas con el independentismo (como ocurrió durante la presidencia de Chen Shui-bian). El entusiasta rumbo de Ma Ying-jeou hacia el diálogo continental apostando incluso por la firma de un acuerdo de paz, probablemente desató las alarmas en Washington, receloso también de la renuencia de Beijing a formar parte del club de dependencias de la Casa Blanca. Ma firmó hasta 23 acuerdos con China continental, incluido el Acuerdo Marco de Cooperación Económica.

105

El detonante del cambio de tendencia fue el conocido como Movimiento Girasol (2014), cuando manifestaciones estudiantiles y ciudadanas protestaron contra la aprobación de un acuerdo de comercio de servicios con China continental. Más tarde, ese mismo año, el Movimiento de los Paraguas protagonizaría en Hong Kong 79 días de protestas exigiendo el sufragio universal para elegir a la máxima autoridad del enclave. Algunos vieron en el asedio a las instituciones de Taiwán una manifestación de “revolución de color” destinada a propiciar un cambio de rumbo que iba más allá del contenido del acuerdo en sentido estricto. Aunque en Hong Kong las protestas fueron ahogadas, en Taipéi lograron su objetivo.

Las tensiones Beijing-Washington son parte del problema de Taiwán. La implicación estadounidense no deja de aumentar y su disposición y contenido amenaza con desbordar la relación, especialmente en el caso de algunas iniciativas. Es el supuesto, por ejemplo, del proyecto de ley de Política de Taiwán (TPA, siglas en inglés). En palabras de sus promotores (el demócrata Bob Menéndez y el republicano Lindsey Graham), contempla “la más amplia reestructuración de la política estadounidense hacia Taiwán” desde la Ley de Relaciones con Taiwán, adoptada en 1979. Su idea central es el reforzamiento de la defensa de la isla incrementando sustancialmente el apoyo militar, en línea con el creciente belicismo del Capitolio contra China.

El entonces embajador chino en EEUU y hoy ex ministro de asuntos exteriores, Qin Gang, advirtió a EEUU que los lazos bilaterales se “desintegrarían” de aprobarse la TPA. Difícilmente no obligaría a China a responder, poniendo en riesgo la paz y la estabilidad en el Estrecho. Esa misma razón es la que llevó al senador pro-Taiwán Edward Markey, que viajó con Nancy Pelosi a la isla en agosto de 2022, a votar en contra del proyecto. Su preocupación es precisamente el abandono de la

“ambigüedad estratégica” que, naturalmente, para la Casa Blanca tampoco supone una “alteración unilateral” del statu quo.

Beijing considera que iniciativas como esta vacían de contenido el principio de una sola China y alienta de facto la independencia de Taiwán. Por el contrario, sus valedores aseguran que solo pretenden aportar “más claridad” pero que “no cambia” la política de EEUU hacia Taiwán, lo cual no casa muy bien con aquel anuncio de “amplia reestructuración”....

En similar rumbo habría que situar algunas declaraciones intempestivas del presidente Joe Biden, quien en más de una ocasión ha asegurado que EEUU enviaría soldados a Taiwán en caso de una acción de fuerza del EPL contra la isla. El presidente estadounidense utiliza repetida y deliberadamente un lenguaje que se aleja de la política tradicional de EEUU, eso sí, cuidándose a renglón seguido sus subalternos de desmentir

106

que se trate de un alejamiento. Más incendiario fue en noviembre de 2021 al apuntar que “Taiwán toma sus propias decisiones sobre su independencia”, lo que China podría entender como un apoyo tácito a una declaración de independencia...

La transformación del marco legal, el aumento de la provisión en defensa, la intensificación de los vínculos económicos, comerciales, inversores y tecnológicos, el incremento del apoyo político, etc., goza del aplauso de los sectores independentistas en la isla que, correctamente, lo interpretan, diga lo que diga la Casa Blanca, como un espaldarazo a sus pretensiones soberanistas. Por el contrario, los nacionalistas del KMT y afines temen, sobre todo, que Taiwán acabe preso de la pugna hegemónica EEUU-China y consideran que lo pagado ya recientemente (desde la vía libre otorgada a las importaciones de carne con ractopamina o a los alimentos procedentes de zonas radiactivas de Japón) no es nada comparado con lo que se podría tener que pagar de estallar un conflicto abierto en la región.

China, por su parte, parece convencida de que alianza occidental que lidera y anuda cada vez más EEUU está decidida a obstaculizar la unificación. Habría para ello razones económicas, políticas y estratégicas que van desde el potencial de los semiconductores de fabricación taiwanesa a la relevancia del canal marítimo del estrecho de Taiwán, su ubicación geopolítica, la preservación del orden liberal o el cambio de paradigma que supondría en la región y en el mundo una China con Taiwán bajo su abrigo.

Taiwán, por tanto, es un “interés central”, que podría llevar a una confrontación directa entre EEUU y China. La secuencia de medidas normativas de diverso signo (políticas, económicas, de seguridad) que se gestan a diario en EEUU constituye una

fuentes de preocupación añadida para Beijing. Los pronósticos de altos mandos militares de EEUU, en activo y en la reserva, que sugieren la inminencia de una crisis grave a causa de una invasión que supuestamente el EPL tiene en avanzada preparación, añaden nerviosismo y alimentan una espiral armamentista en extremo peligrosa.

Las medidas de apoyo de EEUU a Taiwán abarcan cada vez más frentes, todos ellos irritantes para China en tanto en cuanto evidencian la voluntad de Washington de rechazar la unificación, ya se conduzca esta por vía pacífica o no. El compromiso con el independentismo forma parte hoy de la estrategia de contención de China como poder emergente. Y una vez más, señala a EEUU como un actor decisivo para resolver el problema. Ello explica también que un empeño de máxima prioridad para China consista en acotar su influencia en el devenir de la isla.

El debate sobre si Taiwán debería convertirse en otro sitio de almacenamiento para equipos militares estadounidenses en Asia, además de Japón, Corea del Sur y Filipinas, otorgándole el mismo estatus que Tailandia, Corea del Sur y los principales aliados no pertenecientes a la OTAN, no es baladí. Si el escenario propuesto se hace realidad,

elevaría el estatus de Taiwán a un "aliado cuasi diplomático" de EEUU. Y Beijing podría interpretar dicha medida como un cruzamiento de su "línea roja". China parece tener cada vez más la impresión de que EEUU coquetea con el restablecimiento de la alianza militar que mantuvo con la República de China de Chiang Kai-shek.

En las sesiones parlamentarias o lianghui de 2023, el entonces ministro de asuntos exteriores Qin Gang recordó, una vez más, que Taiwán es el núcleo de sus intereses vitales. Y advirtió que la política de EEUU en este asunto se ha "desviado por completo" del camino correcto, dirigiéndose los dos países al "conflicto y la confrontación" si Washington no cambia de rumbo. Con infrecuente claridad, Qin sostuvo que Estados Unidos está tratando de "contener" a China "explotando" el tema de Taiwán.

Para EEUU, esta narrativa y la tensión circundante brinda una oportunidad para presentar ante la opinión pública a una China que amenaza la estabilidad regional, que supone un peligro para la supervivencia del orden liberal y también para escenificar su compromiso con las democracias frente a las dictaduras.

La pretendida percha moral y esa inestabilidad servirían de argumento para avanzar a marchas forzadas -como ya lo están haciendo- para asentar el AUKUS, el QUAD, o para extender la OTAN hacia la región, en un intento por quebrar la desafiante emergencia de China.

En la región, cabe destacar que, “compartiendo preocupación” con EEUU por la estabilidad en el Estrecho, se encuentra Japón. La complicidad de Tokio con Washington y Taipéi produce escalofríos en Beijing, habida cuenta de un historial que remite a la ocupación colonial tras el tratado de Shimonoseki (1895) y episodios poco edificantes (como el de las “mujeres de confort”) protagonizados por sus fuerzas de ocupación. En Taiwán persisten sentimientos encontrados partiendo aguas entre los que a pesar de ello valoran positivamente el desempeño de Japón en la isla y quienes no, a menudo discurrendo en paralelo a la valoración de la relación con China continental (Hui-yu, 2009; Lu, 2010). Ambos países no han cerrado del todo las heridas de la confrontación.

En la coyuntura actual, Japón va del brazo de EEUU en la política hacia Taipéi, inmiscuyéndose cada vez más en el contencioso, lo que puede afectar muy negativamente a la relación con China. Corea del Sur, superando sus diferendos con Japón, también se está sumando a estas dinámicas plasmando una alianza de seguridad a tres con el foco en Taiwán.

Por su parte, Europa, escorada hacia una derecha conservadora al mando en muchos de sus gobiernos y con fuerte presencia en las instituciones comunitarias, puede verse arrastrada por este impulso confrontativo. Hemos podido constatar, por ejemplo, como el general Petr Pavel, antiguo jefe militar de la OTAN, elegido el pasado 28 de



nero de 2023 en las presidenciales checas, ha querido dejar su impronta anticipada con una conversación telefónica con la presidenta Tsai Ing-wen, emulando lo hecho por Trump en 2016. Con anterioridad, la decisión de Lituania de incluir la palabra Taiwán en la delegación de su oficina representativa en Vilnius, desató la reacción china ante lo que considera un desaire al principio de una sola China, base de sus relaciones diplomáticas. Declaraciones de altos representantes comunitarios, decisiones del Europarlamento, misiones cada vez más frecuentes de parlamentarios y de eurodiputados, etc., revelan un creciente activismo europeo a favor de Taiwán con el argumento del rechazo a la coerción china y la condena de cualquier amenaza de invasión. Quienes van a la cabeza de este rumbo que imita el giro estadounidense son los antiguos países del Este con un resurgir del discurso anticomunista de la guerra fría.

Por tanto, se configuran dos escenarios que China debe abordar en el asunto de Taiwán. No solo el bilateral con la isla, sino también el que se está configurando al abrigo de lo que conocemos como Occidente bajo el liderazgo de EEUU que en su diferendo estratégico con China incorpora a sus aliados al replanteamiento generalizado de la relación con Taiwán. El denominador común es la defensa de la identidad política de la isla y la proscripción de cualquier resolución no pacífica del diferendo pero también el rechazo de plano a una unificación que añadiría poder a

una China que amenaza con desplazar a EEUU de su condición de eje principal de la arquitectura internacional. **¿Puede desencadenarse una guerra?**

La sombra de un enfrentamiento militar directo entre fuerzas de China continental y Taiwán es recurrente en los últimos tiempos (Cabestan, 2003). La credibilidad de esta posibilidad se sostiene en la hipotética urgencia de China en resolver esta cuestión poniendo coto a la deriva independentista, la modernización de sus fuerzas armadas con especial acento en las capacidades que podrían facilitar una táctica exitosa con Taiwán, la necesidad de cortar de cuajo las interferencias de terceros, muy especialmente de los proveedores de armas como EEUU, y la propia convicción de que una solución política pacífica se aleja en el tiempo de forma irremediable. Todo ello se vería reforzado con la negativa reiterada a explicitar una renuncia del uso de la fuerza para garantizar la integridad territorial que, naturalmente, desde la perspectiva continental, incluye a Taiwán.

Otro punto de vista, sin embargo, pondría el acento en que China sigue privilegiando una solución pacífica sobre cualquier otra, y que la insistencia por parte de EEUU y Taiwán en la “amenaza china” es un subterfugio útil para justificar el progresivo fortalecimiento de las capacidades y de la cooperación militar con el riesgo añadido de cruzar una línea roja. La identificación de Taiwán como “la primera línea de defensa de la



emocracia” frente a la expansión del autoritarismo representado por el PCCh permitiría su adscripción automática a la alianza global de democracias que defienden la paz, la libertad y la estabilidad con una altisonancia política que encontraría su respaldo en las partidas presupuestarias para la defensa.

Pero China bien pudiera no estar preparada para un escenario de este tipo. Internamente, a nivel militar no hay garantías de éxito suficientes. Pero, además, podría afectar severamente al proceso de modernización, quizá de manera crucial. China se encuentra aún en una fase transitoria hacia un nuevo modelo con taras importantes que debe resolver, desde lo tecnológico a lo económico o social. Las prioridades de China son otras. En mayo de 2020, el general retirado Qiao Liang advirtió sobre el hecho de que una invasión perjudicaría innecesariamente el objetivo de modernización del país. Lo más sensato, lógico y recomendable es proseguir a marchas forzadas con el esfuerzo de modernización con el propósito de capitalizar las oportunidades de desarrollo a sabiendas de que eso le procurará la primacía global en términos de capacidades económicas. Una posición líder en este aspecto supondría, en paralelo, una merma de las posibilidades de interferencia de EEUU. Por tanto, cualquier precipitación sin garantías podría representar una gran catástrofe estratégica.

No hay indicios de que se vaya a producir un cambio sustancial de política priorizando una hipotética solución militar. EEUU, sin embargo, azuza la posibilidad. Algunas autoridades militares le pusieron incluso fecha: 2027, cuando se celebre el centenario de la fundación del EPL. Y mientras la “amenaza china” va tomando cuerpo en las mentes de unos y otros, sirve de excusa para fortalecer una vuelta de tuerca a la hegemonía regional y global de EEUU con sus planes y enfoques de seguridad para el Indo-Pacífico. China es el objetivo.

Lo verdaderamente realista sería negociar con China con garantías y no embarcarse en una estrategia ilusoria que a EEUU puede interesar por su enfrentamiento estratégico con Beijing pero no a Taipéi, quien pudiera llevar todas las de perder. En las fuerzas nacionalistas pero también en el propio ejército taiwanés predomina esta percepción a la vista del desequilibrio operativo en el Estrecho. EEUU, como dijo Ma Yingjeou, vendería armas y a lo sumo proporcionarían inteligencia, pero nunca enviarían tropas. Si alguna similitud hay con la crisis de Ucrania, muy recurrente en algunos medios, es que, en caso de guerra, los taiwaneses serían las principales víctimas.

De desencadenar una guerra por Taiwán, la reacción occidental a nivel económico plantearía el escenario anhelado para quienes auspician la reedición de una nueva guerra fría, el desacoplamiento económico, comercial y tecnológico y la consiguiente formación de bloques. Si hoy para China es fundamental, por ejemplo, alentar la autonomía estratégica de la UE para que pueda desarrollar una política diferente hacia China de la auspiciada por EEUU, una acción crítica en Taiwán daría al traste con ese



empeño. EEUU tendría mucho más a su alcance alinear las posiciones de terceros con la suya, blindando el bloque occidental y afectando con ello las capacidades chinas en un tramo decisivo de la modernización. Culminarla en 2049 en el continente exigiría atención prioritaria a la cohesión interna en todos los órdenes. En condiciones de mayor fortaleza le será más fácil abordar el problema de Taiwán. Abordar la unificación temerariamente de forma previa o simultánea podría errar el objetivo.

110

Por otra parte, la necesidad de estabilidad para que en los próximos años pueda acercarse el sueño de la revitalización desaconseja también esa ruta. Si China llegara a superar a EEUU, lo tendrá más fácil. Primero, modernización, después unificación.

Riesgos, también los hay. Internamente, que una crisis política de notoria gravedad en el seno del liderazgo llevara a pensar que el aglutinante nacionalista pudiera solaparla. Esa fuga hacia adelante, que invocaría la unidad nacional en un tema especialmente

sensible para la mentalidad ciudadana en China, ciertamente podría opacar temporalmente otras tensiones. Pero de salir mal, la catástrofe sería aún mayor.

Subsidiariamente, que en Taiwán se entienda como irreversible el desapego continental de la opinión pública podría alentar la tentación de traducir ese apoyo social en una estrategia política secesionista, desatando una nueva crisis. Para alejar esta hipótesis, en su discurso del Doble Diez de 2021, Tsai Ing-en formuló sus cuatro compromisos: con un sistema constitucional libre y democrático, con la idea de que la República de China y la República Popular no deben subordinarse entre sí; de resistir la anexión o la invasión de la soberanía taiwanesa, y de que el futuro de la isla debe decidirse de acuerdo con la voluntad de los propios taiwaneses.

El mandato de Tsai está en su tramo final abrigándose algunas dudas respecto al futuro inmediato. En el liderazgo del PDP, el actual vicepresidente Lai Ching-te es el llamado a suceder a Tsai. Fue elegido “a la búlgara” el 15 de enero de 2023 para desempeñar la presidencia del partido tras la dimisión de la propia Tsai Ing-wen a raíz de los malos resultados de las elecciones locales del 26 de noviembre de 2022. Único candidato postulado, Lai obtuvo el 99,65 por ciento de los votos aunque con una participación baja, que no alcanzó el 18 por ciento.

Lai se ha definido a sí mismo como “un "trabajador pragmático por la independencia de Taiwán", reiterando que “Taiwán ya es una nación independiente y soberana y, por lo tanto, sin necesidad de declarar más la independencia de Taiwán”. El continuismo de Lai respecto a la estrategia de Tsai probablemente no se aparta, en lo esencial, del compromiso con el statu quo pero se han expresado preocupaciones sobre lo que podrían significar sus puntos de vista a favor de la independencia, manifestados con frecuencia, para las relaciones entre ambos lados del Estrecho.

Sus afirmaciones han tenido un singular eco en el debate público en las redes sociales en Taiwán. Y a ellas se ha referido de forma contundente el ex presidente Ma Yingjeou (KMT) señalando que su visión no se sostiene pues no existe ningún país llamado Taiwán. “Este país se llama República de China”, añadió el expresidente.

Ese expediente personal hará más improbable cualquier superación del no-diálogo con China continental, donde Lai es visto con malos ojos desde hace tiempo, considerándosele un independentista recalcitrante. Con su principal base de apoyo en el sur, el corazón del soberanismo en la isla, la preocupación por su postura pro-independencia es objeto de especulación también en muchos gobiernos extranjeros con intereses en el affaire de Taiwán, incluso en EEUU.



Las condiciones de su victoria en las elecciones presidenciales del 13 de enero de 2024, es decir, la pérdida de apoyo electoral a pesar del triunfo y la mayoría parlamentaria de la oposición, invitarán a la cautela en el desarrollo de unas relaciones a través del Estrecho cuya primera inquietud será su estabilización, improbable por otra parte.

Externamente, el desarrollo de la política interna estadounidense es clave. Hoy por hoy, China y Taiwán ofrecen un consenso bipartidista entre republicanos y demócratas que parece no tener fisuras. Esto es ciertamente relevante en una sociedad muy marcada por la confrontación y la división. Sin embargo, es de consignar la dura competencia interna existente entre ambas fuerzas por ver quién es más duro en este asunto, con implicaciones electorales, evidenciando una carrera exenta de la más elemental prudencia y que podría ser caldo de cultivo para un atolladero de difícil salida.

¿Cómo impactará este desarrollo en el ánimo político de los taiwaneses? Bien es verdad que hasta ahora no ha existido socialmente en la isla conciencia de la inminencia de una crisis grave, remitiendo a la teatralidad las incursiones militares del EPL, habitualmente de escaso valor operativo más allá de erosionar el estatus de la conocida como línea media, franqueada para siempre tras la visita de Nancy Pelosi en agosto de 2022.

Sin embargo, esa relativa indiferencia social en la isla puede mutar a la vista del peso creciente de la seguridad en la agenda interna (fortalecida con la impopular decisión de ampliar el servicio militar de cuatro a doce meses) y de la escalada que pueda auspiciarse desde el continente, conminado a no mostrar debilidad ante lo que considera una creciente “interferencia” de actores externos en el contencioso.

No parece que EEUU tenga intención de hacer caso de las exigencias chinas. Muy al contrario, el acercamiento a Taiwán se irá fortaleciendo en los próximos meses, amplificando los vínculos y propiciando un complejo y, por otra parte, nada fácil alejamiento del continente.

### **Conclusión**

En 1945, tras la derrota de Japón en la IIª Guerra Mundial, China restableció la soberanía efectiva sobre Taiwán, cerrando la herida abierta por el Tratado de Shimonoseki en 1895. Si el KMT de Chiang Kai-shek hubiera ganado la guerra civil, nadie tendría dudas acerca de la pertenencia de Taiwán a China. Pero ganó el PCCh de Mao Zedong y la herida se reabrió en 1949.



Taiwán se ha convertido en el verdadero problema, neurálgico, de China (Cabestan, 1995; Ríos, 2005). Una gestión adecuada puede resultar en un final feliz. Una precipitación con atisbos de impaciencia histórica como contrapunto a la ansiedad estratégica de EEUU puede dar al traste con los enormes esfuerzos y sacrificios llevados a cabo por la sociedad china en las últimas décadas para sacudirse el atraso y el subdesarrollo. Que China materialice su sueño sobre los escombros de un Taiwán hecho trizas puede ser un precio demasiado alto que se debería evitar.

Desde Taipéi, la tensión China-EEUU puede interpretarse como una última oportunidad para viabilizar la independencia con el apoyo de Washington y sus aliados. Esto, indudablemente, entraña muchos riesgos. Pero la posibilidad de que China materialice su modernización en las próximas dos décadas en un contexto de declive de aliados y de aislamiento, podría abrir paso a una negociación.

Con un gobierno que dice apostar por el statu quo pero aplica la táctica del salami (independizándose de facto medida a medida en lugar de optar por una declaración abrupta y solemne) para alejarse poco a poco del continente con el aval de Washington y Tokio y otros países occidentales, puede terminar pagando, como Ucrania, por los platos rotos de esa participación activa en la recreación de la guerra fría que algunos anhelan en los EEUU y lares próximos.

Para EEUU, Taiwán es el talón de Aquiles que puede acabar con el ascenso chino. No se trata solo de la relevancia de la isla en un sector tecnológico clave como los semiconductores que parecen llamados a definir el futuro del mundo y la propia forma de la política internacional del futuro. Se trata igualmente de la condición catalizadora y simbólica de Taiwán como reflejo de un cambio de época que pondría fin al dominante paradigma liberal estadounidense, abriendo el horizonte de un mundo multipolar.

En esos términos, para China, consumir la unificación supondría el golpe de gracia al declive estadounidense y sería el último escalón que plasme la alternancia en la primacía mundial.

Para el PCCh, además, comportaría un plus añadido de legitimidad nada despreciable

que reforzaría su condición protagonista en la recuperación de lo que para China supone la normalidad histórica, es decir, su posición neurálgica y central en la sociedad internacional en coherencia con su trayectoria milenaria y dimensiones de todo tipo.



En lo inmediato, el escenario resultante de las elecciones presidenciales y legislativas del 13 de enero de 2024 es un dato a tener muy en cuenta. El tono de la campaña electoral por parte de la oposición incidió en la elección entre la guerra y la paz. La radiografía electoral solo ponderó parcialmente esta propuesta cuyo sentido dramático no se confirmó en las negociaciones para una alianza opositora anti-verde entre el KMT y el Partido Popular de Taiwán (PPT) de Ko Wen-je. La opción del KMT supondría que “no habrá campo de batalla”, responsabilizando al gobernante PDP de haber causado tensiones sin precedentes en el Estrecho de Taiwán. El KMT resultó la fuerza más importante en el Yuan Legislativo y puede condicionar, hasta cierto punto, la acción de gobierno si es capaz ahora de lograr un entendimiento con el PPT frustrado en la precampaña. Este deberá ahora clarificar sus posicionamientos.

La reiteración de las misiones aéreas y navales del EPL, a buen seguro, seguirá sucediéndose en los próximos meses. No faltarán motivos para ello, ya hablemos de nuevas ventas de armas a Taiwán u otras decisiones polémicas. El riesgo es que estos ejercicios se acomoden en una peligrosa rutina.

En este ambiente de extrema tensión, cabe retomar las propuestas de varios sinólogos y profesores universitarios del grupo especial de reflexión sobre las relaciones sinoestadounidenses de “Asia Society” que en octubre de 2022 instaban en un documento a todas las partes a evitar adoptar actitudes que pudieran incitar a una escalada u obligar a la parte contraria a iniciar un conflicto. En los meses por venir, el riesgo será especialmente elevado de no calibrarse el suficiente juicio.

Recuperar un mínimo buen tono en las relaciones China-EEUU con este asunto tan enrarecido de por medio, no será tarea fácil para ambas partes. Cuanto más Washington alimente las dudas de un posible apoyo a la independencia de Taiwán, más China multiplicará sus respuestas para impedirla. Y no olvidemos que China continental es el primer socio comercial de Taiwán, que absorbe del orden del 40 por ciento de sus exportaciones, un nivel de dependencia que Tsai Ing-wen no ha logrado atajar a pesar de su firme voluntad en reducirla.

El momento que vive la sociedad internacional exigiría de Washington y Beijing la negociación y firma de un cuarto Comunicado Conjunto que, sobre todo, aligerara riesgos y sometiera a buen recaudo los indicios de un enfrentamiento incipiente que no pasan desapercibidos para ninguna de las dos capitales. En la misma línea, la diplomacia europea, si como tal existe, debiera dejar de cobijarse detrás de Washington para hacer

valer la tan alabada siempre política de prevención de conflictos, hoy tan olvidada. Pareciera



como si no hubiera más opción que admitir la inevitabilidad de una reedición de la Guerra Fría, a consumir en las aguas del Estrecho de Taiwán.

### **Bibliografía y referencias**

Cabestan, Jean-Pierre (1995), *Taiwan Chine populaire : l'impossible réunification*, París, IFRI-DUNOD

Cabestan, Jean-Pierre (2003), *Chine-Taiwan, la guerre est-elle concevable?*, París, IEC-Económica

Chaigne, Christine, Paix, Catherine, Zheng, Chantal (eds) (2000), *Taiwan, enquête sur une identité*, París, Éditions Karthala

Hui-yu, Caroline Ts'ai (2009), *Taiwan in Japan's Empire Building*, London-New York, Routledge-Academia Sínica

Lu, Yu-Ting (2010), *Taiwán, historia, política e identidad*, Barcelona, Bellaterra

Ríos, Xulio (2005), *Taiwán, el problema de China*, Madrid, La Catarata

Ríos, Xulio (2020), *Taiwán, una crisis en gestación*, Madrid, Popular

Wong, Joseph (2004), *Healthy Democracies*, Ithaca-London, Cornell University Press.



Otras recomendaciones:

*Vanguardia Dossier* 87 (2023), "Taiwán, la perla del Indo-Pacífico"

*Taiwán Hebdo*, publicación semanal editada por el Observatorio de la Política China, con un seguimiento puntual de la actualidad de la isla. Desde 2013

*Informe sobre Taiwán*, publicación anual editada por IGADI-OPCh, que hace balance del ejercicio. Desde 2011

Análisis de seguimiento de las elecciones taiwanesas del 13 de enero de 2024 en:

<https://politicachina.org/taiwan-elecciones-2024>

*Asia Society*, AVOIDING WAR OVER TAIWAN, en: <https://politica-china.org/secciones/avoiding-warover-taiwan-by-the-task-force-on-u-s-china-policy>

